

“Los días que nos siguen”

Mi abuelo arrastró la estera por el suelo del portal, asegurándose de que la mula llegara a la cuadra sin resbalar. El golpe sordo y áspero del caucho coincidió con las doce en punto. Lo recuerdo por el repique de campanas de todas las Iglesias de Arjona, anunciando que la Fiestasantos ya estaba aquí. Era once de agosto, día del traslado de Reliquias. El mediodía se había instalado con todo su peso.

—¿Ya estás aquí, Pepe? —dijo mi abuela desde la escalera, la voz templada por la preocupación y el calor—. Con este sol no hay quien pueda.

Mi abuelo tardó unos segundos en contestar. Se oyó el roce de la estera, el resuello cansado de la mula, el golpe sordo de la cancela de hierro al abrirse de par en par, arañando el terrazo con un chirrido metálico que se coló hasta la primera planta.

—Aquí estoy, Isabel —respondió al fin, con la voz gastada y un hilo de sudor bajándole por la frente—. Hoy pesa el día.

—Déjalo ya, hombre —dijo ella, suavemente—. Sube, he preparado ponche, y lo tengo en el congelador; tiene que estar bien frío.

El silencio que siguió fue denso, solo roto por el zumbido lejano de los secadores de la peluquería de mi tía, que se mezclaba con el aroma de laca, jabón caliente y tinte entrando por el hueco de la escalera.

—Eso me va a salvar —dijo él—. Tengo que lavarme, vengo empapado de sudor.

—Sí, lávate —añadió ella—. Que ya está la comida hecha y tenemos visita.

Mi abuelo soltó una risa corta, un soplo de aire entrecortado que se quedó flotando en la escalera.

—Siempre pendiente de todo... —murmuró—. No sé qué haría sin ti.

Subió despacio por la escalera, apoyándose en la baranda, mientras el sol se colaba por la terraza y caía sobre el patio que mi abuela había blanqueado con cal apenas unos días atrás. Sus cenefas de cemento resaltaban sobre el suelo y las paredes gruesas. El sol dibujaba sombras suaves, y en el aire flotaba un olor extraño y familiar: mezcla de mula, laca, tinte y jabón caliente.

—¿Dónde está tu hijo? —preguntó mi abuela desde el recibidor, entre curiosidad y diversión.

—Está allí abajo —respondió él con una sonrisa pícaro—. Viendo a su mujer en la peluquería, contándole a las clientas cómo se me escapó la mula el otro día. ¿No las oyes reír?

Entonces, una voz clara y pequeña interrumpió todo:

—¡Soy yo, abuelo! —grité desde las escaleras del granero.

Mi abuelo se quedó quieto, con los ojos brillantes, negó con la cabeza y rio suavemente.

—Ah... que eres tú —dijo—. Ven, sí, pero espera un momento. Primero me voy a lavar, que vengo sucio, y vaya que te manche; si no, tu madre me va a regañar.

Fruncí el ceño un instante, pero permanecí quieto, intentando escuchar las conversaciones de las mujeres en la peluquería. Mi abuelo desapareció unos segundos rumbo al baño. Al salir, la piel fresca, el cabello mojado, gotas resbalándole por la cara y el cuello de la camisa aún húmedo y me abrazó.

—¿Está rico el ponche? —pregunté, sonriendo mientras miraba el vaso de duralex.

—Sí, está muy bueno —dijo él, guiñándome un ojo.

—¿Me das un poco? —insistí.

—No, que tiene vino —respondió, fingiendo ser severo—. Pero... —añadió y, antes de que mi abuela lo viera, me dio un pequeño sorbo entre risas, compartiendo un secreto silencioso.

—¡Menudo calor nos trae la Fiestasantos! —dijo mi abuelo, riendo mientras volvía a beber ponche.

—Isabel, saca unas pocas aceitunas de las que aliñaste el año pasado, mientras pones los platos.

Yo no lo dudé y le grité desde la escalera:

—¡Me quedo a comer!

Mi abuela me miró con esa mezcla de cariño y autoridad que siempre tenía.

—Muy bien, —dijo—, pero primero ve a tu casa y díselo a tu madre.

Corrí cuesta arriba hasta mi casa y le conté a mi madre:

—¡Me quedo a comer enca' la abuela!

—¿Y mi comida qué hago? —preguntó, medio riéndose, medio resignada.

—Pa' otro día —contesté—. Hoy me quedo allí.

Comí despacio, entre risas y comentarios del abuelo sobre la mula y mi tío. Cuando terminé, me acosté en un camastro que mi abuela me había hecho con el trapo de la mesa de planchar. Estaba lleno y satisfecho, mientras ella se movía por la cocina, recogiendo los platos, la olla y los restos de la comida.

Al acabar, se vino hasta el cuarto, apoyándose ligeramente en la puerta, y encendió la televisión. Primero aparecieron las noticias, luego algún que otro programa ligero, mientras yo no paraba de moverme.

—¿Sabes, qué? —dijo ella desde su sillón—. Cuando yo era niña, las Fiestas santos eran muy distintas.

Me incorporé, curioso.

—¿De verdad, abuela? ¿Cómo eran?

—Pues mira —empezó, con la mirada perdida en algún recuerdo—. No había tantas luces, ni tanto ruido como ahora, pero sí había puestos de almendras, de peladillas... y también tiendas de juguetería, de turronería, de quincalla...

—Abuela, ¿y eso qué era? —le pregunté, tirándole del delantal porque aquella palabra me sonaba rara.

Ella se quedó un momento pensativa y luego sonrió.

—“Ainss”... pues que vendían cosas de hojalata, cacharritos pequeños, dedales, peines, espejitos... baratijas que brillaban mucho, pero valían poco. —Y después, bajando un poco la voz, añadió—: En aquellos años no había para más. Pero te diré una cosa... nosotras aprendimos a ser felices con muy poco.

Había también puestos de avellanas y almendras tostadas que los mismos dueños cargaban en grandes cestas de mimbre. Se las colgaban del brazo o se apoyaban en la cadera y se paseaban entre la gente, pregonando lo que vendían.

Yo, que siempre quería imaginarlo todo como lo conocía, le pregunté enseguida:

—¿Y había coches locos, abuela?

Ella soltó una carcajada y negó con la cabeza.

—No, hijo... eso vino después, cuando empezaron a poner más máquinas y más luces. Lo nuestro era más sencillo. Estaba el carrusel, que daba vueltas con la misma musiquilla; los columpios que rechinaban a cada vaivén; y las barcas, que subían y bajaban haciéndonos reír y gritar. No hacía falta mucho más para divertirnos.

En mi casa de la Plaza los Coches, aquellos días, la zapatería de mi padre no paraba: la gente entraba y salía buscando los zapatos nuevos para la Fiestas santos. Yo aún recuerdo el olor a la jeringa que mi madre nos hacía por la mañana temprano, mezclado con el cuero y el polvo del taller.

Mi padre no trabajaba solo. Tenía varios aprendices que le ayudaban, y entre el ruido de los martillos y las suelas, siempre se colaba la música. Uno de ellos, al que llamaban Susi, tenía el don de inventar coplillas, letras sencillas sobre cosas que pasaban en el pueblo, que luego servían para echar los pesos de la Fiestas santos. Por eso, en mi casa, la fiesta no

se acababa nunca: la zapatería cantaba casi todo el año. Nosotras nos sabíamos las canciones sin haberlas aprendido, de escucharlas una y otra vez.

El año del Centenario de los Santos, en 1928, hubo muchos actos, y entre otros, el gremio de los zapateros al que pertenecía mi padre hizo una carroza preciosa: era un zapato de estilo moderno y las hijas de todos los zapateros íbamos dentro. ¡Qué día más bonito echamos todas! Y qué risas pasamos, fue algo inolvidable.

Yo la escuchaba, intrigado, pues las cosas antiguas me fascinan, mientras la televisión seguía su ruido de fondo.

—¿Y vosotros...? —pregunté—. ¿Hacíais la novena?

—Claro, “cucha” —rio, aunque sus ojos se humedecieron un poco al recordarlo—. La novena antes era por la tarde, y aquello era un hervidero de gente. No cabía ni un alma. Ya después de la guerra, empezó a hacerse otra por la mañana, bien temprano.

Yo ya era “mocicona”, veinte años recién cumplidos tendría. Iba con mi madre, mis hermanas y mi niño. Mi padre había muerto justo antes de que estallara la guerra... y nos dejó —un hilo de lágrimas asomó por sus ojos— que años más duros.

Nosotros íbamos bien de madrugada, sobre las seis, ya empezaba a oírse el murmullo por las calles del pueblo. Caminábamos hacia Santa María, y entre el repicar de las campanas y el estallido de los cohetes nos íbamos encontrando con más gente. Algunas iban descalzas, cumpliendo promesas; otros caminaban sin decir palabra, guardando el silencio hasta cruzar la puerta de la iglesia, eso sí, como no llegaras antes del primero, no cogías sitio. Era la novena que más gente acudía.

—¿Y por hoy también salían los Santos para el traslado? —pregunté.

Ella negó despacio con la cabeza, rebuscando en la memoria.

—No, yo de niña recuerdo que los traslados de las Reliquias se hacían el día veinte de agosto —dijo, con un leve suspiro—. Después de la guerra, no había imágenes de los santos: todo se había perdido. Aquella vez fue la primera que se hizo el traslado a Santa María para la novena. Como no había Santos pusieron un cuadro grande de ellos junto a las Reliquias.

Ya en los años posteriores los traslados se hicieran el día once de agosto, para que las Reliquias siempre pudieran estar junto a los Santos durante toda la novena. Desde entonces, el traslado es el día once por la tarde al acabar la misa,

—Niño, mira qué hora es —interrumpió de repente, devolviéndome al presente—. Venga, hay que bañarse y arreglarse, que ya mismo están tocando el primero de misa. Pero antes de irte, ayúdame a coger los jazmines.

Eran casi las siete de la tarde. El calor seguía instalado, pesado y pegajoso. Desde el portal entraba un hilo de aire fresco, invitándonos a salir. Salimos a la terraza a recoger jazmines, dejando que el perfume delicado se mezclara con la brisa, un pequeño alivio para la tarde que aún parecía aferrarse al calor.

Con los jazmines recogidos, volvimos al salón. Mi abuela se sentó en el sillón y comenzó a hacerse su moña de jazmines, entrelazando los delicados tallos mientras el aroma llenaba la habitación, como un recuerdo de la frescura del patio que aún flotaba en el aire. Cada movimiento era medido y paciente, como si supiera que hay cosas que no deben apresurarse nunca.

Cuando terminó, colocó la moña sobre su pechera a modo de broche y solo entonces tomó el abanico. Empezó a abanicarse despacio, más por costumbre que por alivio. Yo la miraba, sentado frente a ella, y así, entre risas suaves y movimientos lentos, dejamos los recuerdos para otro día.

—Ahora, date prisa en ducharte y arreglarte —dijo mi abuela—. Dile a tu tía y a tu madre que me esperen para subirnos juntas a misa, y que tu madre no se olvide del abanico, que luego siempre lo echa en falta. Y cuando subamos, hay que pasar por la casa de Frasquita, en el Museo de los Santos, para comprar el librito de la novena, que empieza mañana, recuérdamelo. Yo, antes de que toque el primero, estoy en tu casa, díselo.

Subí calle arriba con el corazón acelerado, embobado por todo lo que mi abuela me había contado. “¡Qué cosas más interesantes dice!”, me dije.

Al entrar en casa, mi madre ya se estaba vistiendo para salir y me dijo:

—Báñate y ponte la ropa que tienes preparada en el comedor; date prisa que no tardemos.

Asentí y fui al baño. Mientras el agua fresca me despejaba del todo, repetía en mi mente algunas de las cosas que había escuchado de mi abuela, queriendo guardarlas todas en la memoria.

Cuando salí, vestido y listo, el aire cálido del verano me dio en la cara, esperando que al subir a Santa María correría algo de fresquito. Justo entonces llegó mi abuela. Con la moña bien puesta, su abanico y una sonrisa, y nos llamó:

—¡Vamos!

Caminé a su lado con el corazón ligero y los pensamientos llenos de historias, con la certeza de que aquel día no era un final. Mi abuela aún tenía mucho por contar, y yo estaba deseando escucharlas todas, planeando otro día para volver a sentarme a su lado y dejarme envolver por ellas.

Hoy, cuando vuelve agosto y Fiestasantos y el calor cae sobre Arjona, soy yo quien prepara el ponche en el viejo lebrillo de barro, como ella lo hacía. Lo remuevo con calma, dejando que el vino y el azúcar se mezclen bien, que el hielo enfríe lo justo, y mientras sirvo los vasos, me sorprendo buscando su mirada cómplice antes de ofrecer el primer sorbo.

Arjona huele distinta estos días. Los jazmines aún asoman en algunas terrazas y patios, pero es el nardo el que lo inunda todo en estos días de fiesta. Y, sin embargo, cuando el aire se llena de su perfume y el murmullo de la gente subiendo a Santa María se funde con el ambiente, me siento nuevamente ese niño, sentado frente a ella, observando cómo entrelazaba los jazmines con paciencia infinita.

Y es que, cuando el bullicio de la fiesta se apaga y el calor nos invita al descanso, echo de menos aquellas siestas en el camastro improvisado, el sonido lejano de la televisión y su voz comenzando siempre con un “¿Sabes qué?”. Entonces me doy cuenta de que no he perdido esos momentos. Los llevo dentro, en gestos pequeños: en la forma de pronunciar ciertas palabras, en el empeño por no dejar que la fiesta quede solo en la superficie.

Y entiendo que la memoria no es solo nostalgia: es abrazo invisible, es risa compartida, es la calidez de la familia que permanece, aunque los años sigan su curso. Cada gesto cotidiano, cada aroma, cada risa sigue viva, y mientras yo los recuerde, ellos seguirán caminando a mi lado. Siempre aquí, siempre conmigo, en lo pequeño y en lo grande, en lo que fue y en lo que permanece.

Cada Fiestasantos la espero con la misma impaciencia de antes. Y cuando alguien me pregunta por qué insisto en hacerlo todo “como antes”, solo sonrío. Porque sé que todavía me quedan historias tuyas por contar. Algunas permanecen en mi memoria. Otras vuelven solas, cuando el calor aprieta, el ponche está frío y el pueblo se llena, otra vez, de gente, campanas y cohetes.

Mientras haya quien quiera escuchar, mi abuela seguirá conmigo, en mis recuerdos. Y yo, de algún modo, la acompañaré para siempre, porque los recuerdos no envejecen: simplemente nos esperan, listos para hacernos revivir lo que más amamos.

Notas:

- Una errata mía: en el primer párrafo escribí “caucho” con una letra cirílica por error; debe leerse **caucho**, como figura en el original.
- He transcrito el texto tal cual aparece, sin corregirlo. Algunos pasajes quizá quieras revisarlos por si son erratas del original: “Era once de agosto” (¿”Era el once de agosto”?), “que años más duros” (¿”qué años más duros”?), “Nosotras nos sabíamos las canciones”, “mociconas”, “los traslados se hicieran” y la frase que termina en coma antes del diálogo (“...al acabar la misa,”).
- En las páginas se transparenta el texto del reverso, pero no lo he incluido.